
Capítulo III.

El paje del arzobispo de Búrgos.

El paje en quien habia puesto sus ojos el arzobispo de Búrgos para que le ayudase á ejecutar sus planes, se llamaba Anton Perez.

Podia tener entonces unos veintidos años, y á pesar de su corta edad, revelaba una inteligencia superior y un exquisito tacto para los asuntos de la vida.

Hijo de una pobre lavandera de Valladolid, quedó huérfano cuando apenas tenia cuatro años, porque su padre habia muerto como buen soldado en las guerras de Italia, y su madre pereció en una peste que asoló la ciudad, diez y ocho años antes del en que pasa la accion que vamos describiendo.

Desde luego eligió el arzobispo á Anton Perez como el más á propósito para llevar á cabo su proyecto.

—Ven acá, hijo mio,—le dijo un dia;—necesito de tu auxilio para un asunto de la mayor importancia.

—Ya sabe vuestra eminencia que estoy siempre á sus órdenes,—dijo con humildad el paje.

—Siempre es grato para nosotros traer al redil la oveja descariada.

No hay un pecador que no reclame nuestra asistencia.

Ahora bien, hijo mio: se trata de salvar á un pecador y de hacer un bien, aunque en la apariencia resulte lo contrario.

—Mandad, y obedeceré.

—Ya has oido hablar de Hernan Cortés varias veces. Sabes que contra la voluntad del gobernador de Santiago de Cuba, y por consiguiente del rey de nuestro señor, ha emprendido la conquista de un vasto territorio.

—Algo sé de eso.

—Pues bien: no se trata de su rebeldía. Ese hombre, antes de partir, contrajo matrimonio con una dama de Santiago de Cuba; pero la abandonó, y segun mis noticias, sostiene relaciones ilícitas con una india.

—Qué horror?—exclamó Perez, santiguándose.

—Su esposa,—contestó el arzobispo,—segun las averiguaciones que he podido hacer, está en España.

—E ignorará tal vez...

—Lo ignora todo.

—Pobre señora.

—Vive pobremente con los padres de Hernan Cortés.

—¿Y qué desea vuestra eminencia?

—Una cosa muy sencilla: en primer lugar, conocer las causas de ese abandono, de esa separacion.

Despues tener noticia del carácter de la esposa de Hernan Cortés, de la situacion en que se encuentra, los pensamientos que abriga; y por último, si lo ignora todo, como supongo, buscar una ocasion en que revelarla su desdicha para incitarla á apartar á su esposo del peligro en que está.

—¡Noble deseo!

—Tú, hijo mio, vas á encargarte de realizar mis propósitos.

Lo más pronto posible vas á ponerte en camino para Medellin.

Allí vive la esposa de Hernan Cortés, como te he dicho antes, con los padres de su marido.

Fácilmente podrás ingerirte en su casa.

Los padres de Hernan Cortés han elevado una solicitud al monarca, pidiéndole socorros.

Tú se los llevarás, no de parte del monarca, sino de Hernan Cortés, su hijo.

—Sí, ya comprendo,—dijo el paje.

—En ciertas ocasiones es necesario emplear la imaginacion, y hasta prescindir de la verdad, para hacer bien,—repuso el arzobispo de Burgos.

—Desde luego.

—Tú has podido conocer en Sevilla á algunos de los que han regresado de los países en donde se halla

Hernan Cortés con su enviado Francisco de Montejó; ese hombre ha podido caer enfermo, y temeroso de morir, ha podido confiarte que Hernan Cortés le dió una cantidad para sus padres, encargándote tú de ponerla en sus manos.

Perfectamente.

—Si la esposa, comprendiendo el peligro que corre su marido, encontrase algun medio de ir hasta donde él se halla, y allí, impulsada por los celos, que son siempre malos consejeros, desesperada al ver que no podia apartarle de la senda que le conduce al abismo...

—No diga más vuestra eminencia; me parece que he adivinado todo su plan.

—Yo me intereso vivamente por don Diego de Velazquez, el gobernador de Santiago de Cuba, y Hernan Cortés es su enemigo.

Disponedlo todo para partir mañana.

Al dia siguiente se puso en marcha Anton Perez, llevando bien repleta la bolsa para atender á las eventualidades de su mision.

Ocho dias tardó en el viaje, porque necesitó, para dar mayores visos de verdad á su fabula, ir primero hasta Huelva, y desde allí buscar un arriero que le condujera á Medellin, y que pudiera atestiguar su procedencia.

La casualidad quiso que al llegar á Huelva estuviere allí esperando ocasion de regresar á su casa el famoso arriero á quien ya conocen nuestros lectores con el nombre del tío Picospardos.

Alojóse Anton Perez en una casa, y despues de anunciar al posadero que llegaba á Sevilla:

—Necesito marchar á Extremadura,—le dijo,—y si sabeis de algun arriero que vaya allí, os agradece-
ré que me lo aviseis.

—Su merced llega en buena hora,—dijo el ven-
tero.—Hace dos dias que ha llegado con carga un ar-
riero de los que mejor conocen el camino, y está
aguardando, para no volver de vacío, á que haya
quien le diga por ahí te pudras.

—¿Y á qué punto vá de Extremadura?

—A Medellin.

—¿Qué casualidad! A esa misma ciudad voy yo.

—Pues le viene á su merced de perlas.

—Habladle cuanto antes, y que me avise cuándo
podemos ponernos en camino.

El posadero bajó al hogar, y allí encontró al tío
Picospardos, que era tambien su huesped.

Le anunció los deseos de Anton Perez, y el tío
Picospardos, frotándose las manos:

—Llévame á su hospedaje para que hagamos el
ajuste, y que yo tome sus órdenes.

El trato quedó cerrado en breve, y convinieron en
ponerse en marcha al dia siguiente de madrugada.

Nuestros lectores recordarán que el tío Picospar-
dos no habia nacido para trapense, ó lo que es lo
mismo, que hablaba por los codos.

—Aunque vuestra merced perdone,—dijo á An-
ton Perez apenas salieron de la ciudad,—¿es su mer-
ced clérigo tan jóven?

—Todavía no lo soy; pero como si lo fuera, por-
que me he criado en un convento y me falta muy po-
co para tomar las órdenes.

—¿Qué fortuna la de vuestros padres tener un hi-
jo que se consagra á la Iglesia!

—Mis padres han muerto.

—Tanto peor para ellos y para vos. Pero segun
me han dicho, llegábais de Sevilla, y no teneis el
acento sevillano.

—Soy castellano viejo.

—¡Ah! Vamos; habrá ido su merced á Sevilla pa-
ra asuntos ..

—Sirvo en calidad de paje al arzobispo de Búrgos,
que es tambien el primado de las Indias, y me mandó
su eminencia á Sevilla con encargos, á allí me han
confiado la mision que voy á realizar á Medellin.

—Apuesto cualquiera cosa á que se trata de Her-
nan Cortés,—dijo el tío Picospardos.

—¿Le conoceis vos?

—¿Que si le conozco! Tanto ó más que sus pa-
dres... Es de mi pueblo, de Medellin, y ya de chi-
quitico, chiquitico no; pero, vamos, de mozo, le lle-
vé á Salamanca en uno de mis mejores mulos, mu-
cho mejor que el que lleva su merced, que ahora has-
ta parece que se han acabado las buenas bestias. Y
vamos, le he tomado ley. ¿Con que me he equivoca-
do, ó no?

—No por cierto; pero siento que hayais adivina-
do la causa de mi viaje, por que yo hubiera querido
guardar el mayor secreto.

—Pues figúrese su merced que lo ha echado todo en un pozo. Con que me diga su merced si está bueno ó malo, y si le vá bien ó mal, ya estoy contento.

—Le vá bien, muy bien.

—Pues eso me pone tan alegre como unas pascuas. En cuanto lleguemos y lo sepan doña Catalina y don Martin, sus padres, dos pobres viejos, pero que todavía andan muy derechos, y sobre todo cuando lo sepan su mujer y su hijo...

—Es necesario que no lo sepan por vos.

—Tiene razon su merced

—Para que el tio Picospardos se olvide de lo que ha adivinado, tengo yo una receta,—dijo Perez.

—¿Cuál?

—Ahí vá,—dijo, alargándole unas cuantas monedas.

—¡Bien dicen que los que estudian saben mucho!

—Más sabeis vos que yo, y conviene que los dos sepamos lo mismo.

—No comprendo lo que quiere decir su merced.

—Deseo dar un agradable sorpresa á los padres de Hernan Cortés, y yo desearia, por lo tanto, que no supiesen el objeto de mi viaje hasta un momento oportuno.

—Nada más facil.

—¿Podríais vos hospedarme en vuestra casa?

—Con alma y vida.

—Pagaré bien mi hospedaje.

—¿Quién duda eso?

—Pues en ese caso, figuraos, repito, que no sabeis absolutamente nada, y que voy á Medellin, porque los médicos me han mandado que tome aquellos aires para restablecerme de una enfermedad que he padecido. De esta manera tendré ocasion, sin ser sospechoso, de ver de cerca á los padres y á la esposa de Hernan Cortés, y entonces, cuando yo crea llegada la ocasion de hablarles, les hablaré.

—Pues nada, es cosa hecha.

Convenidos los dos, realizaron su convenio al llegar á Medellin, y aunque no tardó todo el mundo en saber que habia en la villa un forastero, el tio Picospardos desempeñó tan bien su papel, que lo más que dijeron las gentes fué:

—¡Pobrecito ¡Ojalá se ponga bueno respirando estos aires!

Como Anton Perez no podia perder mucho tiempo, despues de averiguar la existencia del viejo criado Meliton, convencido de que aquel hombre podia auxiliarle en su empresa se proporcionó una entrevista con él, para la cual sirvió de gancho el arriero.